

STEPHEN
KING



TODOS OSCUROS
SIN ESTRELLAS

1922

*Hotel Magnolia
Omaha, Nebraska
11 de abril de 1930*

A QUIEN PUEDA INTERESAR:

Me llamo Wilfred Leland James, y esta es mi confesión. En junio de 1922 asesiné a mi esposa, Arlette Christina Winters James, y sepulté su cadáver en un viejo pozo. Mi hijo, Henry Freeman James, me asistió en este crimen, aunque a sus catorce años no se le puede atribuir ninguna responsabilidad; yo lo embauqué para hacerlo, jugando con sus miedos, destruyendo sus naturales objeciones a lo largo de un período de dos meses. Es algo de lo que me arrepiento aún más amargamente que del crimen, por razones que este documento revelará.

El motivo que me indujo a cometer el asesinato, y ha supuesto mi perdición, consistía en cuarenta hectáreas de buena tierra en Hemingford Home, Nebraska. Mi esposa la heredó de su padre, John Henry Winters. Yo deseaba incorporar ese terreno a nuestra hacienda en propiedad, que en 1922 totalizaba treinta y dos hectáreas. Mi mujer, quien nunca se adaptó a la vida en una granja (o a ser la esposa de un granjero), ansiaba vendérsela a la compañía Farrington a cambio de dinero contante y sonante. Cuando le pregunté si francamente deseaba vivir junto a un matadero de Farrington, me sugirió que, además del terreno, también podíamos vender la granja... ¡la granja que perteneció a mi padre, y antes al suyo! Cuando le pregunté qué haríamos con

dinero y sin tierra, contestó que podíamos mudarnos a Omaha, o incluso a Saint Louis, y abrir una tienda.

—Nunca viviré en Omaha —le aseguré yo—. Las ciudades son para idiotas.

Resulta irónico, considerando el lugar donde vivo ahora, pero no duraré aquí mucho más tiempo; lo sé tan bien como sé cuál es el origen del ruido que oigo en las paredes. Y sé dónde me encontraré cuando esta vida terrenal termine. Me pregunto si el Infierno puede ser peor que la ciudad de Omaha. Acaso *sea* la ciudad de Omaha, pero sin una buena campiña en derredor; solo un vacío humeante, apestando a azufre, atestado de almas perdidas como la mía.

Discutimos amargamente por esas cuarenta hectáreas durante el invierno y la primavera de 1922. Henry quedó atrapado en medio, si bien se decantaba más hacia mi lado; en los rasgos físicos salió a su madre, pero en su amor por la tierra se parecía a mí. Era un muchacho dócil sin nada de la arrogancia de su madre. Una y otra vez le decía que no albergaba deseo alguno de vivir en Omaha, ni en cualquier otra ciudad, y que solo se iría si ella y yo llegábamos a un acuerdo, lo cual nunca logramos.

Consideré la posibilidad de acudir a la ley, con la convicción de que, como marido en la disputa, cualquier tribunal del país confirmaría mi derecho a decidir qué uso y propósito se daría a esa tierra. Pero algo me frenaba. No era el miedo a las habladurías de los vecinos, no me importaban los chismorreos de la gente del campo; se trataba de otra cosa. Yo había llegado a odiarla, ya sabe. Había llegado a anhelar su muerte, y por tal razón me contenía.

Creo que existe otro hombre dentro de cada hombre, un extraño, un Hombre Maquinador. Y también que hacia marzo de 1922, cuando el cielo del condado de Hemingford era blanco, y todos los campos, lodazales de nieve derretida, el Hombre Maquinador que moraba en el interior del Granjero Wilfred James ya había juzgado y decidido el destino de su mujer. Encarnaba, además, una suerte de justicia con capucha negra. La Biblia dice que más peligroso que colmillo de serpiente es el hijo

desagradecido, pero una esposa ingrata y rezongona es siempre mucho más afilada.

No soy un monstruo; intenté salvarla del Hombre Maquinador. Le sugerí que si no podíamos ponernos de acuerdo, debería irse con su madre a Lincoln, a unos noventa kilómetros al oeste; una buena distancia para una separación que no es estrictamente un divorcio, pero que implica una disolución de la sociedad marital.

—Y dejarte la tierra de mi padre, supongo, ¿no? —preguntó, y sacudió la cabeza. Cómo odiaba el descarado con que levantaba la cabeza, tan similar al de una yegua mal domada, y el pequeño bufido que siempre lo acompañaba—. Eso nunca va a pasar, Wilf.

Propuse comprarle la tierra, si insistía. Tendría que ponerla a plazos, ocho años, quizá diez, pero le pagaría hasta el último centavo.

—El dinero que entra a cuentagotas es peor que el que no entra —replicó (con otro bufido y otro descarado movimiento de cabeza)—. Eso lo saben todas las mujeres. La compañía Farrington pagará a tocateja, y calculo que su oferta será muchísimo más generosa que la tuya. Y no viviré en Lincoln jamás. Eso no es una ciudad, solo un pueblucho con más iglesias que casas.

¿Se da cuenta de mi situación? ¿No entiende en qué «aprieto» me puso? ¿No puedo contar al menos con un poco de compasión por su parte? ¿No? Pues preste atención.

A principios de abril de ese año (por cuanto sé, hoy mismo se cumplen ocho años), se acercó a mí toda radiante y reluciente. Había pasado la mayor parte del día en el «salón de belleza» de McCook, y su cabello colgaba alrededor de sus mejillas en espesos rizos que me recordaron a los rollos de papel higiénico que uno encuentra en hoteles y posadas. Dijo que había tenido una idea. Deberíamos venderle las cuarenta hectáreas y la granja al grupo industrial Farrington. Estaba segura de que lo comprarían todo para conseguir la parcela de su padre, que prácticamente lindaba con la vía del ferrocarril (y probablemente tuviera razón).

—Después —prosiguió la insolente arpía—, nos repartimos el dinero, solicitamos el divorcio, y empezamos una nueva vida cada uno por su lado. Los dos sabemos que eso es lo que quieres.

Como si ella no.

—Oh, bueno... —dije, simulando que me tomaba la idea en serio—. ¿Y con quién se irá el chico?

—Conmigo, claro —respondió, con los ojos muy abiertos—. Un muchacho de catorce años necesita a su madre.

Empecé a «trabajarme» a Henry ese mismo día, relatándole la última ocurrencia de su madre. Estábamos sentados en el almiar de heno. Adopté mi semblante más triste y hablé con mi voz más triste, pintando un retrato de cómo sería su vida si su madre lograba continuar adelante con su plan: cómo se quedaría sin granja ni padre; cómo tendría que asistir a una escuela mucho más grande, separado de todos sus amigos (la mayoría de la primera infancia); cómo, en esa nueva escuela, tendría que luchar para hacerse un sitio entre extraños que se reirían de él y le llamarían paleta. Por el contrario, añadí, si pudiéramos conservar todo el terreno, estaba convencido de que para 1925 ya habríamos cancelado nuestros pagarés en el banco y viviríamos felices y libres de deudas, respirando aire puro en lugar de estar obligados a ver cómo tripas de cerdo flotaban en nuestro arroyo otrora limpio desde la salida hasta la puesta del sol.

—Ahora bien, ¿qué es lo que quieres? —pregunté después de dibujar este panorama con tanto detalle como fui capaz.

—Quedarme aquí con usted, padre —dijo. Las lágrimas rodaban por sus mejillas—. ¿Por qué ha de ser tan..., tan...?

—Adelante —le animé—. La verdad nunca es una grosería, hijo.

—¡Tan zorra!

—Porque casi todas las mujeres lo son —dije yo—. Forma parte de su naturaleza. La cuestión es qué vamos a hacer al respecto.

No obstante, el Hombre Maquinador en mi interior ya había pensado en el viejo pozo detrás del establo de las vacas, el que solamente usábamos como recolector de aguas porque era de-

masiado turbio y no muy hondo; apenas seis metros de profundidad, poco más que un desagüe. Tan solo era cuestión de incitarle a ello. Y debía hacerlo, seguro que usted lo comprende; yo podía matar a mi mujer, pero debía salvar a mi amado hijo. ¿De qué sirve poseer setenta y dos hectáreas, o cuatrocientas, si no tienes a nadie con quien compartirlas y a quien legárselas?

Fingí que meditaba el absurdo plan de Arlette de ver una buena tierra para el maíz convertida en un matadero de cerdos. Le pedí que me diera tiempo para acostumbrarme a la idea. Ella consintió. Y durante los dos meses siguientes seguí hablando con Henry, inculcándole una idea muy diferente. No resultó tan difícil como habría cabido esperar; poseía la belleza de su madre (la belleza de una mujer es como la miel, ¿sabe?, que atrae a los hombres hasta la colmena repleta de agujones), pero no su maldita terquedad. Bastó con describirle el cuadro de cómo sería su vida en Omaha o en Saint Louis. Planteé la posibilidad de que quizá ni siquiera esos dos abarrotados hormigueros la satisficieran; quizá decidiera que solo le valdría Chicago.

—Entonces —añadí—, podrías encontrarte yendo a la escuela secundaria con negros.

Empezó a mostrarse frío para con su madre; tras unos pocos intentos (todos torpes, todos rechazados) por recuperar el afecto de su hijo, Arlette le correspondió con la misma frialdad. Yo (o más bien el Hombre Maquinador) me regocijé por ello. A principios de junio le comuniqué que, tras mucho recapacitar, había decidido que no le permitiría vender esas cuarenta hectáreas sin presentar batalla; que sería capaz de enviarnos a todos a la ruina y a la mendicidad si hacía falta.

Reaccionó con tranquilidad. Se decidió a solicitar consejo legal por cuenta propia (pues la ley, como sabemos, ofrecerá su amistad a quienquiera que pague). Yo ya lo había previsto. ¡Y me congratulo por ello! Porque no podía costearse tal consejo. Para entonces yo guardaba con celo el poco dinero que poseíamos. Incluso Henry me entregó su cerdito hucha cuando se lo requerí, para impedir que sisara también de esa fuente, por mísera que fuese. Por supuesto, Arlette acudió a las oficinas de la

compañía Farrington en Deland, convencida (igual que yo) de que aquellos que tanto tenían que ganar asumirían con gusto la minuta legal.

—Así será, y entonces ella habrá ganado —le dije a Henry en el almiar, que se había convertido en nuestro sitio habitual de conversación. No estaba completamente seguro, pero yo ya había tomado mi decisión, aunque no llegaré a definirla como «plan».

—Pero, padre, ¡no es justo! —lloró. Sentado en el heno, aparentaba una edad muy joven, más próxima a los diez años que a los catorce.

—La vida nunca lo es —le dije—. A veces la única acción posible es aferrarte a lo que es tuyo por necesidad. Aunque alguien salga herido. —Hice una pausa, evaluando su rostro—. Aunque alguien muera.

Se puso blanco.

—¡Padre!

—Si se marchara —proseguí—, todo sería igual que antes. Cesarían todas las discusiones. Podríamos vivir aquí en paz. Le he ofrecido todo cuanto me ha sido posible para que se marche, pero no lo aceptará. Solo queda una cosa que pueda hacer. Que *podamos* hacer.

—¡Pero yo la quiero!

—Yo también la quiero —dije. Lo cual, pese al poco crédito que usted pueda concederme, era cierto. El odio que sentía hacia ella aquel año de 1922 era mayor que cualquiera que pueda profesar un hombre por una mujer a menos que el amor forme parte de ese sentimiento. Y, aun siendo resentida y obstinada, Arlette era una mujer de naturaleza cariñosa. Nuestras «relaciones maritales» no se interrumpieron en ningún momento, aunque, desde que comenzaran las discusiones por las cuarenta hectáreas, nuestras escaramuzas en la oscuridad habían ido pareciéndose cada vez más al apareamiento de dos animales en celo.

—No tiene por qué ser doloroso —dije—. Y cuando esté hecho..., bueno...

Le conduje a la parte de atrás del establo y le enseñé el pozo, donde prorrumpió en un amargo llanto.

—No, padre. Da igual lo que pase, pero eso no.

Pero cuando ella regresó de Deland (Harlan Cotterie, nuestro vecino más próximo, la transportó en su Ford casi todo el camino, menos los tres últimos kilómetros, que recorrió a pie) y Henry le imploró que cediera «para que pudiéramos volver a ser una familia», Arlette perdió los nervios, le pegó en la boca, y le dijo que dejara de gimotear como un perro.

—Tu padre te ha contagiado su timidez. Peor, te ha contagiado su avaricia.

¡Como si ella fuera inocente de *ese* pecado!

—El abogado me asegura que la tierra es mía para hacer lo que me venga en gana, y voy a venderla. Y en cuanto a vosotros dos, podéis quedaros aquí sentados y oler cómo se asan los cerdos y haceros vuestra comida y haceros vuestras camas. Tú, hijo mío, puedes pasarte todo el día arando y toda la noche leyendo *sus* interminables libros. A tu padre le han servido de bien poco, pero puede que a ti te vaya mejor. ¿Quién sabe?

—¡Madre, eso no es justo!

Arlette miró a su hijo igual que una mujer podría mirar a un extraño que se hubiera atrevido a tocarle un brazo. Y cómo se regocijó mi corazón cuando advertí que el muchacho le devolvía la mirada con la misma frialdad.

—Podéis iros al infierno, los dos. Yo me voy a Omaha y abriré una tienda de ropa. Eso es lo que *yo* entiendo por justo.

Esta conversación tuvo lugar en el patio polvoriento entre la casa y el establo, y su idea de lo que era justo para ella fue la última palabra. Cruzó el patio, levantando polvo con sus refinados zapatos de ciudad, entró en la casa y cerró de un portazo. Henry se volvió a mirarme. Tenía sangre en la comisura de la boca y el labio inferior empezaba a hincharse. La furia en sus ojos era salvaje, pura, de la clase que solo los adolescentes pueden experimentar. Es una furia que no repara en los costes. Asintió con la cabeza. Le devolví el gesto con la misma seriedad, pero dentro de mí el Hombre Maquinador sonreía.

Aquella bofetada selló su sentencia de muerte.

Dos días más tarde, cuando Henry se me acercó en el maizal, observé que su determinación flaqueaba de nuevo. Este hecho no me produjo consternación ni sorpresa; los años entre la niñez y la edad adulta son cual viento racheado, y aquellos que los viven giran como las veletas que algunos granjeros del Medio Oeste solían instalar en lo alto de sus silos de grano.

—No podemos —dijo—. Padre, ella está en Error. Y Shannon dice que aquellos que mueren en Error van al Infierno.

Dios maldiga a la Iglesia metodista y a las Juventudes Metodistas, pensé... pero el Hombre Maquinador tan solo sonreía. Durante los diez minutos siguientes hablamos sobre teología entre el maíz verde, mientras las nubes de principio de verano (las mejores nubes, las que flotan como goletas) navegaban lentamente sobre nosotros, proyectando una estela de sombras. Le expliqué que significaba todo lo contrario a enviar a Arlette al Infierno; la enviaríamos al Cielo.

—Pues un hombre o una mujer asesinada no muere en el tiempo de Dios, sino en el del Hombre —dije—. Su vida es sesgada antes de que él..., o ella..., pueda expiar sus pecados, y por eso todos los errores deben ser perdonados. Si lo miras de ese modo, cada asesinato es una Puerta al Cielo.

—¿Y qué pasa con nosotros, padre? ¿No iríamos al Infierno? Señalé los campos, soberbios con sus nuevos brotes.

—¿Cómo puedes decir eso cuando estás viendo el Cielo alrededor nuestro? Pero ella pretende expulsarnos de aquí con la misma certeza que el ángel con la espada llameante expulsó a Adán y Eva del Paraíso.

Me dirigió una mirada de preocupación. Oscura. Detestaba ensombrecer a mi hijo de esa manera, pero parte de mí creía entonces, y lo sigue creyendo, que no fui yo el causante, sino Arlette.

—Y piensa —proseguí—. Si se va a Omaha, ella misma se cavará una fosa aún más profunda en el Sheol. Si te lleva con ella, te convertirás en un chico de ciudad...

—¡Nunca! —Gritó tan fuerte que los cuervos alzaron el vuelo del cercado y se alejaron revoloteando en el cielo azul como papel quemado.

—Eres joven, y lo harás —le dije—. Te olvidarás de todo esto..., aprenderás las costumbres de la ciudad... y empezarás a cavar tu propia tumba.

Si hubiera replicado que los asesinos no tenían ninguna esperanza de reunirse con sus víctimas en el Cielo, podría haberme dejado sin respuesta. Sin embargo, o su teología no alcanzaba tal extremo, o no quiso plantearse la cuestión. ¿Y existe el Infierno, o acaso nos forjamos uno propio en la tierra? Cuando repaso los últimos ocho años de mi vida, opto por lo segundo.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Cuándo?

Se lo conté.

—¿Y podremos seguir viviendo aquí después?

Respondí afirmativamente.

—¿Y no le dolerá?

—No —aseguré—. Será rápido.

Parecía satisfecho. Y todavía se podría haber evitado, de no ser por la propia Arlette.

Acordamos actuar un sábado por la noche, hacia mediados de un junio que estaba siendo tan bueno como cualquiera que recuerde. Algunas noches de verano, Arlette bebía una copa de vino, aunque raramente más. Existía un buen motivo para ello. Pertenecía a esa clase de personas que nunca se toman dos copas sin tomarse cuatro, luego seis, luego la botella entera. Y después otra botella, si es que había otra.

—Tengo que ser muy cuidadosa, Wilf. Me gusta demasiado. Por fortuna, mi voluntad es fuerte.

Aquella noche nos acomodamos en el porche, contemplando la última luz que persistía sobre los campos, escuchando el somnoliento cricrí de los grillos. Henry se recluyó en su habitación. Apenas había tocado la cena, y cuando Arlette y yo nos sentamos en las mecedoras a juego del porche, con las letras MA y PA bor-

dadas en los cojines, me pareció oír un débil sonido que tal vez fueran arcadas. Recuerdo haber pensado que cuando llegara el momento se vería incapaz de afrontarlo. Su madre se levantaría malhumorada a la mañana siguiente, con «resaca» e ignorando lo cerca que había estado de no volver a presenciar jamás un amanecer en Nebraska. No obstante, seguí adelante con el plan. ¿Porque yo era como una de esas muñecas rusas? Quizá. Quizá todos los hombres sean así. Dentro de mí habitaba el Hombre Maquinador, pero dentro del Hombre Maquinador habitaba un Hombre Esperanzado. Ese tipo murió en algún momento entre 1922 y 1930. El Hombre Maquinador, una vez consumado el daño, se desvaneció. Sin sus confabulaciones y ambiciones, la vida se había manifestado como un espacio hueco.

Saqué la botella al porche, pero cuando intenté llenarle su vaso vacío, lo cubrió con la mano.

—No hace falta que me emborraches para conseguir lo que quieres. Yo también lo quiero. Me pica.

Separó los muslos y se puso la mano en la entrepierna para indicar dónde crecía ese picor. Encerraba Arlette una Mujer Vulgar dentro de sí, tal vez incluso una Ramera, y el vino siempre la desataba.

—Tómate otro vasito de todas formas —insistí—. Tenemos algo que celebrar.

Me miró con recelo. Una única copa de vino bastaba para humedecerle los ojos (como si una parte de su ser llorara por todo el vino que ansiaba y que no podía tener), y a la luz del ocaso brillaban anaranjados, como ojos en un fanal de calabaza con una vela en su interior.

—No habrá pleito —le comuniqué—, y no habrá divorcio. Si la compañía Farrington puede permitirse pagar por mis treinta y dos hectáreas además de las cuarenta, doy por finiquitada nuestra disputa.

Por primera y única vez en nuestro turbulento matrimonio, se quedó verdaderamente boquiabierta.

—¿Qué estás diciendo? ¿Es lo que creo que dices? ¡No juegues conmigo, Wilf!

—No lo hago —declaró el Hombre Maquinador. Hablaba con una desbordante sinceridad—. Henry y yo hemos mantenido muchas conversaciones sobre ello...

—Habéis sido uña y carne, eso es verdad —dijo ella. Había retirado la mano del vaso y aproveché la oportunidad para llenarlo—. Siempre en el almiar, o sentados en la pila de leña, o con las cabezas juntas en el campo de atrás. Pensaba que tendría algo que ver con Shannon Cotterie.

Bufido y respingo de cabeza. Sin embargo, intuí en sus ademanes cierta nostalgia también. Bebió un sorbo de su segundo vaso de vino. Dos sorbos de un segundo vaso y aún sería capaz de dejar el vaso e irse a la cama. Cuatro y bien podría yo ofrecerle la botella entera. Por no mencionar las otras dos que mantenía en reserva.

—No —dije yo—. No hablábamos sobre Shannon. —Aunque *había* descubierto a Henry cogiéndola de la mano en alguna ocasión, mientras caminaban los tres kilómetros hasta la escuela de Hemingford Home—. Hemos estado hablando sobre Omaha. El chico quiere ir, supongo. —No convenía exagerar la mentira, no tras un solo vaso de vino y dos sorbos de otro. Ella era desconfiada por naturaleza, así era mi Arlette, siempre buscando un motivo más profundo. Y, desde luego, en este caso existía uno—. Por lo menos para probar si le gusta. Y Omaha no queda tan lejos de Hemingford...

—No. No está tan lejos. Como ya te tengo dicho mil veces. —Otro sorbo de vino, y en lugar de soltar el vaso como hiciera antes, la sostuvo en la mano. Hacia el oeste, mientras oscurecía, la luz anaranjada sobre el horizonte se teñía de un púrpura verdoso preternatural que parecía arder en el cristal.

—Si fuera Saint Louis, eso ya sería distinto.

—He renunciado a esa idea —dijo Arlette. Lo que significaba, por supuesto, que había investigado la posibilidad y la había encontrado problemática. A mis espaldas, claro. Todo ello a mis espaldas excepto la visita al abogado de la compañía. Y eso también me lo habría ocultado si no hubiera pretendido utilizarlo como un garrote con el cual atizarme.

—¿Comprarán el lote completo? ¿Tú qué opinas? —pregunté—. ¿Las setenta y dos hectáreas?

—¿Cómo voy a saberlo?

Sorbito. El segundo vaso medio vacío. Si en este momento intentara quitárselo, alegando que ya había bebido suficiente, se resistiría a dejarlo.

—Lo sabes, no me cabe duda —contesté—. Las setenta y dos hectáreas no son diferentes a Saint Louis. Lo has *investigado*.

Me dirigió una perspicaz mirada de soslayo... y entonces prorrumpió en una cruel carcajada.

—Tal vez sí.

—Supongo que podríamos buscar una casa en las afueras de la ciudad —dije yo—. Donde al menos tuviéramos vistas a un prado o dos.

—Donde aposentarás tu culo en una mecedora del porche todo el día mientras tu mujer hace el trabajo para variar, ¿no? Eh, llena esto. Si vamos a celebrar, celebremos.

Rellené ambos vasos. El mío solo requirió un chorrito, pues no había dado sino un único trago.

—Creo que podría conseguir trabajo como mecánico. Coches y camiones, pero sobre todo maquinaria agrícola. Si puedo hacer que funcione ese viejo Farmall —señalé con el vaso hacia la oscura mole del tractor detenido junto al granero—, entonces supongo que podré hacer que funcione cualquier cosa.

—Y Henry te convenció.

—Me hizo ver que sería mejor aprovechar la oportunidad de ser feliz en la ciudad que quedarme aquí solo en la miseria.

—¡El chico muestra sentido común y el hombre escucha! ¡Por fin! ¡Aleluya! —Apuró su vaso y lo tendió en busca de más. Me asió por el brazo y se inclinó tan cerca de mí que percibí el olor a uvas agrias en su aliento—. Es posible que esta noche consigas esa cosa que te gusta, Wilf. —Se tocó el labio superior con la lengua manchada de púrpura—. Esa cosa *asquerosa*.

—Lo estoy deseando. —Si me ceñía a mi plan, esa noche iba a ocurrir algo todavía más asqueroso en la cama que habíamos compartido durante quince años.

—Que venga Henry —demandó ella. Empezaba a arrastrar las palabras—. Quiero felicitarle por ver finalmente la luz. —(¿He mencionado que el verbo «agradecer» no formaba parte del vocabulario de mi mujer? Tal vez no. A estas alturas tal vez ya no sea necesario)—. ¡Le invitaremos a una copa de vino! ¡Ya es lo bastante mayor! —Me propinó un codazo como uno de esos ancianos que observas sentados en los bancos que flanquean las escalinatas del palacio de justicia, contándose chistes verdes unos a otros—. Si se le desata un poco la lengua, puede que hasta descubramos si ya ha fornicado con Shannon..., una brujilla, pero tiene un bonito pelo, eso se lo concedo.

—Antes tómate otro vasito —sugirió el Hombre Maquinador.

Se tomó otros dos, y con eso vació la botella. (La primera.) Para entonces cantaba «Avalon» con su mejor voz de juglar, y le bailaban los ojos al mejor estilo juglar. Inspiraba lástima verla así, y mayor lástima aún escucharla.

Entré en la cocina a por la segunda botella de vino, y juzgué adecuado el momento para llamar a Henry. Aunque, como ya he expuesto, no albergaba grandes esperanzas. Solo podría hacerlo si él accedía a ser mi cómplice voluntario, y en el fondo de mi corazón presentía que se acobardaría cuando se agotaran las palabras y se acercara la hora de la verdad. Si así ocurriera, nos limitaríamos a meterla en la cama. Por la mañana le diría que había cambiado de idea respecto a vender la tierra de mi padre.

Llegó Henry, y nada en su rostro pálido y afligido ofrecía un hálito de éxito.

—Padre, no creo que pueda —susurró—. Es *mamá*.

—Si no puedes, no puedes —dije, y en estas palabras nada se adivinaba del Hombre Maquinador. Estaba resignado; lo que hubiera de ser, sería—. En cualquier caso, ella es feliz por primera vez en meses. Borracha, pero feliz.

—¿No solo achispada? ¿Está *borracha*?

—No te extrañe; salirse con la suya es lo único que la hace feliz. Digo yo que catorce años con ella es tiempo suficiente para haber aprendido eso.

Frunciendo el ceño,ladeó la cabeza en dirección el porche

cuando la mujer que le había alumbrado se lanzó a una discordante pero textual interpretación de «Dirty McGee». Henry arrugó la frente en respuesta a esta balada de taberna, quizá debido al estribillo («Ella deseaba ayudarle a que se la metiera / Pues McGee la Sucia de nuevo era»), o más probablemente por la manera en que arrastraba las palabras. Henry había hecho voto de abstinencia en un campamento de las Juventudes Metodistas, celebrado el año anterior durante el fin de semana del Día del Trabajo. Yo, por el contrario, me complací en su conmoción. Cuando los adolescentes no están girando como velas ante un fuerte viento, son tan rígidos como los puritanos.

—Quiere que nos acompañes y tomes un vaso de vino.

—Padre, sabe que prometí al Señor que nunca bebería.

—Tendrás que arreglártelas con ella. Quiere celebrarlo. Vamos a vender y mudarnos a Omaha.

—¡No!

—Bueno..., veremos. Realmente depende de ti, hijo. Sal al porche.

Su madre, alegre, se irguió al instante, le rodeó con sus brazos por la cintura, le estrechó fuertemente contra su cuerpo, y le cubrió el rostro de extravagantes besos. De olor desagradable, por la mueca que esgrimió el chico. El Hombre Maquinador, entretanto, rellenó el vaso de ella, que volvía a estar vacío.

—¡Por fin todos juntos! ¡Mis hombres entran en razón! —Alzó su vaso para brindar, y derramó una buena cantidad de líquido sobre el busto. Se echó a reír y me guiñó un ojo—. Si eres bueno, Wilf, después podrás lamerlo de la ropa.

Henry la miró con confusa aversión mientras su madre se dejaba caer en la mecedora, se subía la falda, y se la colocaba entre las piernas. Arlette vio su semblante y rió.

—No hace falta ser tan remilgado. Te he visto con Shannon Cotterie. Una brujilla, pero tiene un pelo bonito y buena figura. —Se bebió el resto del vino y eructó—. Si no la has manoseado ya es que eres tonto. Pero más vale que tengas cuidado. Con catorce no se es demasiado joven para casarse. Aquí en el centro, con catorce hasta podrías casarte con tu *prima*. —Soltó

otra carcajada y alargó el vaso. Le serví más vino de la segunda botella.

—Padre, ya ha bebido bastante —dijo Henry con el tono de reproche de un párroco. Por encima de nuestras cabezas, las primeras estrellas se hicieron visibles, parpadeando sobre las vastas llanuras que había amado toda mi vida.

—Oh, no sé —discrepé—. *In vino veritas*. Eso decía Plinio el Viejo... en uno de esos *libros* de los que tu madre siempre se está burlando.

—El arado en la mano todo el día, la nariz metida en un libro toda la noche —dijo Arlette—. Menos cuando me mete otra cosa a *mí*.

—¡*Madre!*

—¡*Madre!* —se mofó ella, luego alzó el vaso en dirección a la granja de Harlan Cotterie, aunque se hallaba demasiado lejos para divisar las luces. Ahora que el maíz estaba crecido, no las habríamos vislumbrado ni aunque distara un par de kilómetros menos. Cuando el verano se cierne sobre Nebraska, cada granja es un barco que navega en un inmenso océano verde—. Por Shannon Cotterie y sus nuevas tetitas, y si mi hijo no sabe de qué color son sus pezones, es que es un poco lerdo.

Mi hijo no respondió a la provocación, pero lo que pude apreciar en su rostro ensombrecido regocijó al Hombre Maquinador.

Ella se volvió hacia Henry, le asió por el brazo, y vertió el vino sobre su muñeca. Haciendo caso omiso a su maullido de disgusto, mirándole a la cara con repentina severidad, dijo:

—Pero cuando estéis retozando en el maizal o detrás del establo, procura *no* follártela. —Cerró la mano libre en un puño, extendió el dedo medio, y luego lo usó para palparse, describiendo un círculo alrededor de su entrepierna: muslo izquierdo, muslo derecho, vientre, ombligo, vientre, y de vuelta al muslo izquierdo—. Explora cuanto gustes, y frótate con tu Johnny Mac hasta que se ponga contento y escupa, pero mantente fuera del hogar a menos que quieras quedar pillado de por vida, igual que tu mamaíta y tu papaíto.

Henry se levantó y se marchó sin mediar palabra, y no le culpo. Había sido un espectáculo de extrema vulgaridad, incluso para Arlette. Debió presenciar ante sus ojos la transmutación de su madre (una mujer difícil, pero a veces afectuosa) en una maloliente madame de burdel que está instruyendo a un joven cliente todavía verde. Esto ya era bastante malo de por sí, pero mi hijo trataba con dulzura a la chica de los Cotterie, y eso lo empeoraba. Los muchachos no pueden evitar sino poner a sus primeros amores en un pedestal, y si alguien se presenta y escupe en el altar... incluso si ese alguien resulta ser la propia madre de uno...

Oí débilmente que su puerta se cerraba de un golpe. Y un débil aunque perceptible sollozo.

—Has herido sus sentimientos —le reproché.

Arlette expresó la opinión de que los *sentimientos*, al igual que la *justicia*, eran el último recurso de los peleles. Luego alargó su vaso. Lo llené, consciente de que por la mañana no recordaría ninguna de sus palabras (siempre suponiendo que aún continuara allí para saludar a un nuevo día), y que lo negaría, con vehemencia, si se lo mencionara. Ya la había visto en tal estado de embriaguez anteriormente, pero no desde hacía años.

Dimos buena cuenta de la segunda botella (más bien *ella*, en singular) y la mitad de la tercera antes de que su barbilla se desplomara sobre la pechera manchada de vino y empezara a roncar. A través de su así constreñida garganta, aquellos ronquidos resonaban como el gruñido de un perro malhumorado.

Le pasé el brazo alrededor de los hombros, enganché la mano bajo su axila, y la puse en pie de un tirón. Protestó en susurros y me abofeteó flojamente con una mano hedionda.

—*Dégame en pá. Quiero igm'a dormí.*

—Y eso vas a hacer —indiqué—. Pero en tu cama, no aquí en el porche.

La guié a través de la salita, ella se tambaleaba y roncaba, con un ojo cerrado y el otro abierto con mirada adormilada. La puerta de Henry se abrió. Se quedó plantado en el umbral, con rostro inexpresivo y mucho más viejo de lo que correspondía a

su edad. Asintió hacia mí. Una sola inclinación de cabeza, pero que me dijo todo cuanto necesitaba saber.

La acosté en la cama, le quité los zapatos, y la dejé allí roncando con las piernas extendidas y una mano oscilando fuera del colchón. Volví a la salita y encontré a Henry de pie junto a la radio que había comprado el año anterior por insistencia de Arlette.

—No tiene derecho a decir esas cosas de Shannon —musitó.

—Pero seguirá diciéndolas —observé yo—. Así es ella, así la hizo el Señor.

—Y no tiene derecho a *apartarme* de Shannon.

—Eso también lo hará —le dije—. Si se lo permitimos.

—¿No podría..., padre, no podría usted conseguir su propio abogado?

—¿Crees que algún abogado cuyos servicios pudiera contratar con el poco dinero que tengo en el banco podría hacer frente a los abogados que Farrington nos echaría encima? Ellos lo manejan todo en el condado de Hemingford; yo no manejo nada salvo una hoz para cortar heno. Quieren esas cuarenta hectáreas y ella está empeñada en que las tengan. Esta es la única manera, pero te necesito. ¿Me ayudarás?

No pronunció palabra durante un buen rato. Agachó la cabeza y advertí las lágrimas que caían de sus ojos y goteaban en la alfombra. Entonces susurró:

—Sí. Pero si tengo que mirar... no estoy seguro de que pueda...

—Hay una forma en la que puedes ayudar sin tener que mirar. Ve al cobertizo y trae un saco de arpillera.

Obedeció. Entré en la cocina y cogí su cuchillo más afilado. Cuando Henry regresó con el saco, su rostro palideció al verlo.

—¿Tiene que ser con *eso*? ¿No puede... con una almohada...?

—Sería demasiado lento y demasiado doloroso —contesté—. Forcejearía.

Lo aceptó como si yo hubiera matado a una docena de mujeres antes que a mi esposa y supiera de lo que hablaba. Pero no

era así. Únicamente sabía que en todos mis medio planes (mis fantasías para deshacerme de ella, en otras palabras) siempre imaginé el cuchillo que en ese instante sostenía en la mano. Por tanto sería con el cuchillo. El cuchillo o nada.

Permanecimos allí, a la luz de las lámparas de queroseno (en Hemingford Home no habría otra electricidad que la proporcionada por generadores hasta 1928), mirándonos el uno al otro, el gran silencio nocturno que existe en el centro de todo quebrado únicamente por el feo sonido de sus ronquidos. Y aún concurría una tercera presencia en aquella estancia: la ineluctable voluntad de Arlette, que existía aparte de la mujer (creí intuir la entonces; ahora, ocho años más tarde, estoy seguro). Esta es una historia de fantasmas, pero el fantasma se hallaba entre nosotros antes de que la mujer a la que pertenecía muriera.

—De acuerdo, padre... Nosotros... la enviaremos al Cielo.
—El rostro de Henry se iluminó ante ese pensamiento. Qué horrible se me antoja ahora, especialmente al evocar cómo acabó.

—Será rápido —aseguré. De niño y de adulto había degollado a cientos de cerdos, y así lo creía. Pero me equivocaba.